

ERNESTO ALONSO

Universidad Austral
Sociedad Internacional Tomás de Aquino
Argentina
ernesto.alonso10@gmail.com

La relación “persona-lenguaje” en Tomás de Aquino y en la teoría discursiva de Michel Foucault. Una ruptura inevitable

1. Preliminares

Ocuparse del filósofo y teórico social francés *Michel Foucault* (1926-1984)¹ en esta cuadragésima *Semana Tomista* dedicada al análisis de la «*persona y el diálogo interdiscipli-*

¹ *Michel Foucault* nació en Poitiers en 1926 y murió en París en 1984. Entre 1946 y 1952 realiza sus estudios universitarios, en filosofía, psicología y psicopatología, en Francia. En 1961 defiende una tesis doctoral en letras sobre uno de sus temas preferidos: *Historia de la locura en la época clásica*. Entre 1962 y 1968 Foucault es protagonista de actividades académicas y de algunos viajes al exterior. En 1969 es nombrado catedrático en el Collège de France cargo que mantendrá hasta el fin de sus días. Foucault es académico y «militante» a la vez. Homosexual confeso, su interés por el poder, la locura, los placeres, el deseo y la sexualidad, el delito, las instituciones de confinamiento y los castigos fue tanto especulativo como social. Años de labor fecunda son los que transcurren entre 1973 y 1979, ocupándose, en los cursos y conferencias del Collège, de sus temas predilectos: el nacimiento de la prisión, los estudios sobre la locura y la «sociedad disciplinaria», los grupos de anormales, el saber político y la biopolítica, la experiencia de la sexualidad y las «tecnologías del yo». Los dos últimos años de su vida, 1983 y 1984, parecen orientarlo a intereses más clásicos con investigaciones dedicadas al gobierno del yo, en las prácticas de la Grecia y Roma antiguas, y la actitud griega de «decir la verdad» como virtud moral y política.

Imposible enumerar aquí la vasta *producción intelectual* de Foucault. Mencionemos algunos de los títulos más relevantes: *Historia de la locura en la época clásica*; *El nacimiento de la clínica*; *Las palabras y las cosas*; *La arqueología del saber*; *Vigilar y castigar*; *Historia de la sexualidad*, *Microfísica del poder*; *Tecnologías del yo*, etc.

Quien desee profundizar en la vida y en la obra de nuestro autor puede consultar: Eribon, D., *Michel Foucault*, Barcelona, Anagrama, 1992. También puede verse: Kaminsky, G. (selección), *El yo minimalista. Conversaciones con Michel Foucault*. Buenos Aires, la marca, 1996.

Artículo recibido el 5 de diciembre de 2015; aceptado el 18 de diciembre de 2015.

nario» puede parecer extraño y hasta escandaloso. En efecto, nada tiene que ver Foucault ni con Santo Tomás de Aquino, ni con la escuela tomista, y tal vez poco o nada tenga que ver con la llamada «tradición filosófica occidental». Si tuviera que justificar por qué quiero ocuparme de Foucault diría lo siguiente:

Foucault está de moda y su pensamiento ejerce una fuerte fascinación en la Universidad, en la clase intelectual, en el Ministerio (de Educación) y hasta llegar casi a las aulas escolares de nuestro país. No es fácil desembarazarse del esquema de pensamiento y de la terminología de nuestro autor. Además, las concepciones de Foucault en torno a la medicina, las prácticas psicológico-psiquiátricas, las cuestiones relativas al crimen, al delito y a la pena también llaman la atención de psiquiatras, psicólogos, médicos, juristas, filósofos del derecho, jueces, etc. De modo que si muchos hablan de Foucault, lo citan, lo utilizan, lo difunden e intentan aplicarlo en establecimientos educativos y en la academia, luego, parece conveniente ocuparse de él. Con todo, Foucault y otros autores no son sino la consecuencia última, extrema y radical de nihilismo que está contenido como en germen en la filosofía moderna. Así, a la «muerte de Dios» proclamada por Nietzsche no podía sino seguir la «muerte del hombre, el asesino de Dios» proclamada precisamente por Michel Foucault².

²Las afirmaciones más contundentes sobre la «muerte del hombre» están en *Las palabras y las cosas*, un «libro de método» —como lo denomina Foucault— en contraposición con los «libros de exploración» (investigaciones históricas sobre la locura, la sexualidad y la clínica, por ejemplo). Un libro técnico, *Las palabras*, orientado a los especialistas en filosofía de la ciencia. Veamos algunos pasajes en torno a la cuestión de la muerte del hombre:

«Por extraño que parezca, el hombre, cuyo conocimiento es considerado por los ingenuos como la más vieja búsqueda desde Sócrates, es indudablemente solo un desgarrón en el orden de las cosas, en todo caso una configuración trazada por la nueva disposición que ha tomado recientemente el saber» (...) «reconforta y tranquiliza el pensar que el hombre es solo una invención reciente, una figura que no tiene ni dos siglos, un simple pliegue en nuestro saber y que desaparecerá en cuanto este encuentre una nueva forma. Antes del fin del siglo XVIII el hombre no existía». (...) Por fin, «(...) el hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento y quizás también su próximo fin». (...) «Se comprende el poder de sacudida que pudo tener (...) el pensamiento de Nietzsche cuando anunció (...) que el hombre dejaría de ser pronto». Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968, pp. 89, 300, 330, 335, 375 y 313.

2. Sumaria exposición de la relación entre *persona*, *conocimiento* y *lenguaje* según Santo Tomás de Aquino

Antes de abordar la noción de persona y de las relaciones entre persona y lenguaje en Michel Foucault, convendrá pasar revista a las tesis fundamentales de Santo Tomás, re-elaboradas desde Aristóteles, sobre dichos tópicos.

«Denominamos las cosas como las conocemos», escribe Santo Tomás al comenzar la Cuestión 13, «*De nominibus Dei*», de la Primera Parte de la «Suma Teológica». Es una fórmula concisa y precisa que pone correctamente la piedra angular para comprender las relaciones pertinentes entre lenguaje y realidad y entre lenguaje y conocimiento. En la respuesta al Artículo 1 de dicha Cuestión, artículo dedicado a examinar «Si hay algún nombre que convenga a Dios», Tomás, siguiendo fielmente a Aristóteles, expone sucintamente lo que sería la línea programática fundamental de una filosofía realista del lenguaje. En efecto, escribe que

«...según el Filósofo [y cita el *Peri hermeneias*] las palabras son signos de los conceptos, y los conceptos son representaciones de las cosas. Por donde se ve que las palabras se refieren a las cosas de que son signos por intermedio de los conceptos intelectuales, y, por tanto, en la medida en que podemos conocer una cosa, en la misma podremos imponerle nombre³».

A continuación aclara que esta «denominación» reviste características particulares cuando se trata de la esencia divina. A esta solo podemos conocerla en esta vida mediante las creaturas de suerte que el nombre que signifique dicha esencia no podrá expresarla tal cual es.

Limitación esta que, sin embargo, Santo Tomás no admite para el conocimiento y la expresión lingüística de las esencias finitas. En efecto, y rematando el desarrollo del corpus de este primer artículo, dice Tomás —aludiendo al término «hombre»— que el término expresa bien el significado de una esencia en razón de que (el término) «significa su definición, y esta

³ *Summa Theologiae*, I, 13, 1, corpus.

nos declara la esencia, pues el concepto que el nombre expresa es la definición⁴). Se advierte que Tomás expone una idea «fuerte» acerca de las posibilidades del lenguaje, como desde luego sostiene una actitud sana frente a las aptitudes del conocimiento humano para alcanzar la esencia de las cosas. Si esto último es posible, luego —diría Santo Tomás— la expresión o significación lingüística de la esencia —esto es el concepto— también es posible.

En el contexto de las ciencias del lenguaje, nacidas en el suelo de la cultura contemporánea, no se diría «expresión oral o escrita» sino «significación lingüística». La esencia, según la terminología de Tomás en este artículo, es siempre un telón de fondo visible y disponible para el análisis lingüístico y cuyo rastreo es indispensable para comprender en última instancia la naturaleza del lenguaje. Por lo demás, se advierte en Tomás una noción intensamente «intelectualista» acerca de la naturaleza del lenguaje humano. En rigor, tal como lo sostiene el Doctor Angélico, solo en la medida en que conocemos una cosa, en esa misma medida, podemos nombrarla o «definirla», con términos específicos. Imponemos «nombres» a las cosas en la medida en que las conocemos; en la medida en que nuestra facultad intelectual alcanza, inteligiblemente, la esencia de esa cosa o realidad. De modo que el lenguaje tendría una función «derivada» respecto de una función «principal» o «primaria» que tendría el conocimiento.

Santo Tomás acoge las tesis aristotélicas esenciales, en particular la idea de que hablamos de las cosas en la medida en que las conocemos. De allí que el hombre sea el único ente que dispone de un lenguaje proposicional en razón de ser el único dotado de conocimiento intelectual. La posibilidad del lenguaje humano estriba, por una parte, en la inmaterialidad del pensamiento —capacidad de acoger todas las formas separadas de su individualidad material— y, por otra parte, en la naturaleza abstractiva del conocimiento —capacidad de aprehender separando el principio constitutivo formal, y universal, de un ente particular. La facultad cognoscitiva acoge el contenido inteli-

⁴ *Ibidem, corpus, in fine.*

gible de las cosas que, con ayuda del lenguaje, comunicamos a otros. Los «universales» en el conocimiento son las «estructuras lógicas» del lenguaje —presentes como una suerte de raíz común en la diversidad de lenguas—; de allí que sin conocimiento universal no habría lenguaje, ni comunicación posible.

Como se sabe, el vínculo natural entre conocimiento, persona y lenguaje comienza a fisurarse hacia el final del Medioevo. La última evolución de estas ideas, ya en el siglo XX, llevó a algunos pensadores a considerar el lenguaje como una realidad independiente (un «sistema») que ha de ser examinada con abstracción no solo de la realidad sino aun del hombre. Es esta la presentación del estructuralismo lingüístico y también la de nuestro autor, Michel Foucault.

3. La «abolición del sujeto» como negación de la relación *persona, lenguaje y realidad* en Michel Foucault

En consonancia con la propuesta temática de esta *Semana* me parece oportuno presentar ahora la *concepción foucaultiana de persona* para examinar luego sus reflexiones sobre el discurso o el lenguaje.

Encontrar, leer y apasionarse por Nietzsche fue determinante para el joven Foucault egresado de la universidad con cierta formación fenomenológica. Precisamente Nietzsche le será imprescindible para elaborar y formular un enjuiciamiento terminal a la noción de sujeto, único, universal y no-histórico. Foucault en su crítica tiene a la vista la noción cartesiana de «res cogitans» y la de «subjetividad trascendental» de Kant, por una parte, pero tiene también presente la noción de sujeto aportada por la fenomenología. Es evidente en la cita que sigue la desazón de Foucault por la fenomenología y por su conceptualización del sujeto:

«(...) ¿Está el sujeto fenomenológico, transhistórico, en condiciones de dar cuenta de la historicidad de la razón? (...) Hay una historia del sujeto tanto como hay una historia de la razón; pero no podemos pretender que la historia de la razón se despliegue ante el primer acto fundacional del sujeto racionalista. ¿Es satisfactoria la teoría del sujeto que da la

fenomenología? (...) Yo diría que todo lo que ocurrió en los sesenta se originó en la insatisfacción con la teoría fenomenológica del sujeto⁵».

En rigor, el estructuralismo, el psicoanálisis y la filosofía de Nietzsche no fueron sino derivaciones de esa «abolición del sujeto»; fueron atajos que terminaron sepultando la noción de sujeto que todavía tenía alguna vigencia en la teoría fenomenológica. En efecto, el estructuralismo «disuelve» la noción de persona en un sistema como es el lenguaje —para el caso de la lingüística estructuralista—; el psicoanálisis sofoca el yo consciente en los pliegues del inconsciente. Por último, Nietzsche, en palabras de nuestro autor, «representó una experiencia determinante en la abolición del acto fundacional del sujeto⁶». Veamos otra referencia de la cuestión que estoy considerando:

«(El sujeto) no es una sustancia. Es una forma, y esta forma no es, por sobre todas las cosas, ni siempre, idéntica a sí misma. (...) Hay sin duda algunas relaciones e interferencias entre distintos tipos de sujeto, pero no estamos en presencia del mismo tipo de sujeto. En cada caso, se establece con el propio yo una forma distinta de relación. Y lo que me interesa es precisamente la constitución histórica de estas diversas formas de sujeto relacionadas a los juegos de la verdad⁷».

El orden del discurso fue la lección inaugural pronunciada por Foucault en diciembre de 1970 al ser admitido como profesor al Collège de France sucediendo en la cátedra al filósofo Jean Hyppolite. Preocupado desde siempre por las complejas relaciones entre el saber y el poder adelanta en este ensayo su propósito de analizar las variadas formas de acceso a la palabra y, consecuentemente, las variadas formas de prohibición y control del discurso; se propone examinar además la marginalidad de determinados discursos (la locura y la delincuencia) y, sobre todo, pretende poner en tela de juicio una de las más tenaces regularidades de la cultura occidental desde sus inicios: la voluntad de verdad que ha atravesado tantos siglos de nuestra

⁵ KAMINSKY, G. *El yo minimalista. Conversaciones con Michel Foucault*, p. 107.

⁶ *Ibidem*, p. 108.

⁷ *Ibidem*, p. 156.

historia, conformando una red compleja de instituciones y de prácticas cuyo propósito ha sido precisamente el de determinar el «discurso verdadero». Para nuestro autor, la voluntad de saber corre pareja con una específica y no menos apremiante «voluntad de poder» que define los variados procedimientos o sistemas de exclusión del discurso. Sostiene Foucault:

«...en una sociedad como la nuestra son bien conocidos los procedimientos de exclusión. El más evidente, y el más familiar también, es lo prohibido. Uno sabe que no tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa. Tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla: he ahí el juego de tres tipos de prohibiciones que se cruzan, se refuerzan o se compensan, formando una compleja malla que no cesa de modificarse⁸».

El último de los tres procedimientos de exclusión propuesto por Foucault es el que me interesa ahora poner de relieve en concordancia con la argumentación en torno a la «insatisfacción con la teoría del sujeto», que vengo desarrollando. Algunos de los grandes temas de la filosofía, estima nuestro autor, no nacieron sino para responder a esos juegos de limitaciones y exclusiones y tal vez para reforzarlos. En concreto, la «filosofía del sujeto fundador» ha obrado la elisión del discurso. El discurso está vacío de significación hasta que reciba la animación del «sujeto fundador».

Si esto es así, no pareciera descabellado ni escandaloso el intento «deconstructivo» de la noción de «sujeto fundador», que es el propósito incuestionable de Foucault. No ahorra precisión en los términos ni elegancia en el estilo a la hora de declarar paladinamente este propósito. Veámoslo:

«(...) pienso que es necesario limitarse a tres decisiones a las cuales nuestro pensamiento, actualmente, se resiste un poco y que corresponden a los tres grupos de funciones que acabo de evocar: replantearnos nuestra voluntad de verdad; restituir al discurso su carácter de acontecimiento; borrar finalmente la soberanía del significante».

⁸ FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1999, pp. 14 y 15.

Un poco más adelante, en este mismo texto, y concluyendo la explicación de su «programa crítico» señala nuestro autor:

«(...) el análisis del discurso así entendido no revela la universalidad de un sentido, sino que saca a relucir el juego de la rareza impuesta con un poder fundamental de afirmación. Rareza y afirmación, rareza, finalmente, de la afirmación, y no generosidad continua del sentido, ni monarquía del significante⁹».

«Monarquía del significante» es una escueta formulación que no oculta la pretensión de decretar la desaparición del hombre del horizonte de la filosofía. No resta sino el discurso sin inicio y sin propósito, y en lugar de ser el hombre aquel de quien procede el discurso no es aquel sino una pequeña laguna en el azar del acontecer del discurso, pronto, además, a su próxima extinción.

Un autor argentino, estudioso de la obra de Foucault, ha afirmado que

«...la “muerte de Dios”, la disolución de los valores absolutos, no posee para Foucault ningún sentido re-apropiativo, es decir, la afirmación de la “muerte de Dios” no implica la recuperación de una esencia humana alienada en lo divino. No se trata, de ninguna manera, de negar lo divino para afirmar lo humano. La “muerte de Dios” y la “muerte del hombre” son contemporáneas. La arqueología foucaultiana es una filosofía carente de toda referencia absoluta sea divina o humana, metafísica o antropológica¹⁰».

Desalojado definitivamente el hombre del horizonte intelectual de la filosofía y de su relación con el lenguaje, a Michel Foucault no le queda otra tarea filosófica que emprender «*el análisis crítico del mundo en que vivimos*». ¿Cuál es el objetivo de este «análisis crítico»?

«El objetivo es la creación de libertad. (...) Sin duda, el objetivo principal hoy no es descubrir, sino rechazar lo que somos. Nos es preciso imaginar y construir lo que podríamos

⁹ FOUCAULT, M., *op. cit.*, pp. 51 y 68.

¹⁰ CASTRO, E., «Precisiones filosóficas acerca del concepto de ‘postmodernidad’», en: *Signos Universitarios*. Revista de la Universidad del Salvador, Buenos Aires, 1994, año XIII, número 26, p. 59.

ser para desembarazarnos de esta especie de “doble coerción” política que es la individualización y la totalización simultáneas de las estructuras del poder moderno. (...) Nos es preciso promover nuevas formas de subjetividad rechazando el tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante siglos¹¹».

4. Conclusiones

Mi intención principal, con este trabajo, ha sido la de poner en evidencia el camino hacia el «nihilismo» que representa la llamada «postmodernidad» como consecuencia final de las premisas puestas por el pensamiento moderno en sus albores. Si la modernidad inicial pudo conservar los términos de *persona*, *lenguaje* y *ser* invirtió, sin embargo, la relación metafísica entre esos términos y al invertir dichas relaciones vació los términos de sus connotaciones más profundas. La *persona*, a partir del «cogito» cartesiano adquirió una supremacía desproporcionada en sus relaciones con el ser y asimismo en sus relaciones con el lenguaje. También el *ser* comenzó a sufrir un lento proceso de cuestionamiento en cuanto a sus posibilidades de inteligibilidad, con lo cual el hombre quedó encerrado en el ámbito de su conciencia. Finalmente, el *lenguaje* dejó de ser el medio por el cual expresábamos nuestro modo de conocer las cosas para pasar a ser un eficaz instrumento de «comunicación» inter-subjetiva. La palabra humana, a lo sumo, solo sirve para «comunicar (me)» con los otros, o solo carga pesadas «relaciones de poder», presentes en los intersticios profundos del habla y la conversación. O, por fin, la palabra se «substancializa» adquiriendo el tremendo poder de explicar el hombre y sus relaciones.

En suma, la doctrina del Aquinate sobre la persona, al mantener una relación armónica entre el orden de la realidad, nuestro modo de conocerla y de expresarla a través del lenguaje, asegura la posibilidad de conservar un lugar de relativo privilegio para el hombre, lejos del viejo «angelismo» cartesiano como así también apartado del oscuro nihilismo foucaultiano.

¹¹FOUCAULT, M., «Pourquoi étudier le pouvoir: la question du sujet», p.308, citado en: Morey, M., *op. cit.*, p. 24.